

9-16-2019

Desorejados

Manuel Pereira

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Pereira, Manuel. 2019. Desorejados. *Revista Surco Sur*, Vol. 9: Iss. 12, 61.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.9.12.17>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol9/iss12/18>

This NUBES DE PLATA is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact scholarcommons@usf.edu.

Manuel Pereira

DESOREJADOS

En la intrincada iconografía del Bosco sobresalen dos enormes orejas cortadas, traspasadas por una flecha y atravesadas por una navaja. Las vemos en el panel derecho del tríptico "El jardín de las delicias", que cuelga en el Museo del Prado. Ya es un lugar común referirse a la navaja erecta como un símbolo fálico cuando lo más enigmático son esas orejas cercenadas que evocan la sordera ante la palabra evangélica: "quien tenga oídos para oír, que oiga" (Mateo, 13:9).

Para el profesor Marius Schneider (maestro del gran Cirlot): "la oreja es el órgano esencial de la percepción mística". Fiel a su contexto tardomedieval, para el Bosco las orejas mutiladas son un conjuro diabólico, de ahí que aparezcan en la tercera tabla, titulada "El infierno musical", donde ya ni siquiera oyen el pandemónium. Incapaces de percibir la voz celestial, encarnan la sordera demoníaca. La sordera de Goya influyó en su pintura haciéndola más pesimista y sombría, mientras que la misma privación en Beethoven influyó positivamente en su estilo. La oreja que se cortó Van Gogh en enero de 1889 generó dos autorretratos con vendajes, uno con y otro sin pipa. Cuando el pintor holandés se autolesionó, ofreció su oreja a la prostituta Rachel: ese atavismo taurino remite al ritual de cortar las orejas al toro y exhibirlas como trofeo simbólico. En un anfiteatro romano de Arlés se celebran corridas desde antaño y en 1888 Van Gogh pintó una lidia en ese ruedo.

Castigar — o castigarse — con estas amputaciones se remonta a casi cuatro mil años, como leemos en el Código de Hammurabi: "al esclavo que reniegue de su amo, que se le corte una oreja". En "Un perro andaluz" (1929) vemos una mano llena de hormigas: obsesión onírica de Dalí que se repite en los relojes blandos de "La persistencia de la Memoria", donde los insectos devoran la mórbida carne del tiempo. David Lynch rinde homenaje a Buñuel y al pintor surrealista con la oreja cortada, llena de hormigas, que descubrimos en el minuto 6 de "Terciopelo azul" (1986). Esa oreja humana extraviada en la hierba equivale a la mano llena de hormigas de "Un perro andaluz". A su vez, la oreja que el sádico Sr. Rubio le cercena al policía atado a una silla en "Reservoir dogs" (Tarantino, 1992) es un guiño a Lynch y, por extensión, al desorejado Van Gogh.

Tanta violencia acústica devino botín de guerra en 1967 cuando soldados de la "Tiger Force" cortaban orejas de vietnamitas para confeccionar macabros collares. Últimamente está de moda entre boxeadores morder el lóbulo del rival. Mi maestro José Lezama Lima — a quien todos dicen conocer pero pocos leen — escribió el relato "Invocación para desorejarse". En Cuba, "desorejado" significaba desfachatado en otros tiempos. Pareciera que el personaje del cuento es castigado por descarado, aunque dice al principio que le cortan las orejas para que le entre el sombrero, lo cual sugiere una versión tropical del *Lecho de Procusto*. En el Monte de los Olivos, Pedro desenvaina su espada y le corta una oreja a Malco cuando arrestan a Cristo. Jesús repone la oreja de Malco en su lugar. Este milagro *express* no impedirá que la noción de castigo bíblico perpetrada por Pedro reaparezca quince siglos después en las orejas cortadas que el Bosco pintó en su "Infierno musical". En el *remake* de "La Mosca" (David Cronenberg, 1986) vemos una oreja, no cortada, pero sí caída. Se le desprende al científico convertido en mosca, la guarda como una reliquia en su botiquín, que "se ha convertido en un museo de historia natural".

Un museo similar flota en el aire de América Latina, tan ajena al silencio, tan inmersa en su arqueológico diálogo de sordos. Nuestra historia es una vocinglería petrificada, como "El Grito" de Munch, inspirado en una momia peruana que el pintor noruego vio en un museo de París. Basta oír este mapa estruendoso: Grito de Yara y Grito de Baire (Cuba), Grito de Asencio (Uruguay), Grito de Dolores (México), Grito de Lares (Puerto Rico), Grito de Ipiranga (Brasil)... El nacionalismo es — por naturaleza — gritón. Por eso entre nosotros la historia se parece tanto a la histeria, como si el que más gritara tuviera siempre la razón. Es como si el patriotismo se midiera en decibelios. Tal vez sea una pintoresca sinestesia continental donde se oyen los colores o se ven los rugidos de las diversas historias vernáculas. Nacemos en la Trompa de Falopio para morir en la Trompa de Eustaquio.

Escrito el 1 enero 2017, en Cadereyta de Montes, México.